

De actualidad

Horror a la historia

Parece que al fin se entierra aquel aborto de reforma del Código penal que le obligaba al Gobierno a que presentase la Empresa Maese Pedro y Compañía, cuya dementalidad es manifiesta, aquel embuchado... técnico. Era demasiado gorda esa piedra de molino troglodítico para que se la engullese como pan de salud la civilidad liberal española, y eso que la pobre anda bien decaída y alicortada. Pero era quererla empapizar demasiado y comprendió que con ella se trataba de cebarla, como a un pavo, para sacrificarla luego en el altar del poder. ¡Porque subir a éste con aquel lastre...!

El aborto era abominable por las puertas que abría al apoliticismo policiaco y hasta castrense, que es la peor de las políticas. Porque se ha dado en abjurar de toda política y en afirmar que no se quiere hacerla cuando se la está haciendo, y la peor de ellas.

Si el poder judicial gozase en España de verdadera independencia y verdadera responsabilidad o si de estar sometido a otro poder no lo estuviera más que al ejecutivo, al del Gobierno, que es un poder franca y declaradamente político, el mal sería muy chico.

Y sería el mal muy chico porque aun suponiendo a nuestro instituto judicial, por su educación y hábito, muy poco liberal, siempre vive más o menos en una atmósfera jurídica y hay excesos y atropellos que no se debe temer de él si se le deja a sí mismo, a su ciencia y conciencia propias. Y tampoco sería grande el mal si sobre los técnicos del poder judicial, que como todos los técnicos, de cualquier clase que sean, propenden a la sumisión y hasta al servilismo, no obrara otra presión que la del poder ejecutivo, la del Gobierno, la de los políticos. Porque los políticos todos tienen hoy — hay que ha-

cerles justicia—, y por reaccionarios que aparezcan, un sentido bastante liberal. La responsabilidad del poder, por pequeña que sea, enseña liberalismo, que es, como dijo Maura, el derecho de gentes moderno.

Lo terrible, si llega a gozarse ese aborto, habría sido la presión sobre el poder judicial de ese otro poder clandestino e irresponsable que entorna en la Camarilla de Ginesillo de Parapilla y que se deja sentir ya en la dementalidad que preside a las iniciativas de la Procuradoría General del Reino, oficina técnica de una servilidad lamentable.

Lo que nos espantaba en aquel aborto no era la perspectiva de la reacción, sino la de la tontería de ciertos ámbitos tenebrosos. Porque lo deplorable en el Reino de España hoy es que está entregado a la mentecatez de los jenízaros del orden constituido. Soportaríamos mejor la tiranía de cualquier política regresiva que no este despotismo de la necedad. Y en el fondo, de la envidia de los que incapaces de discurrir se revuelven contra todo discurso. Esta ideofobia de la beocia ordenadora es lo más desolador que cabe.

El otro día recibimos un diario de Barcelona en que se había reproducido el artículo "Historias", que publicamos aquí mismo en el número del 22 de abril, y venía con tachaduras. Tachaduras de una censura encolerizada contra la historia. Porque se tachó citas históricas.

Se tachó la frase "yugo de los tiranos" que empleó Cánovas del Castillo en el Manifiesto de Manzanares de 7 de julio de 1854, y que en el artículo aparecía como tal cita histórica. Se tachó todo lo que dijimos de la pobre reina Isabel II, juguete de los agiotajes de su madre, y de cómo hubo que expulsar a ésta; se tachó frases de González Bravo—¡de hace más de medio siglo!—, del pro-

vocador y provocativo González Bravo. Y al ver todo eso nos quedamos haciéndonos cruces del terror que la historia inspira. Y pensando que el día menos pensado se establece un Índice expurgatorio para los libros de historia y se le encarga de redactarlo al Sanedrín del nuevo Santo Oficio de la Inquisición. Cuyos oficiales técnicos no deben de estar muy bien avenidos con la historia.

Primero, al ver las tachaduras, nos quedamos sorprendidos, pero luego nos sonreímos. Mas pronto nuestra sonrisa se trocó en profunda pena. En profunda pena al sentir a qué sima de ineptia, a qué derrumbadero de tontería está rodando nuestra pobre España. El que no quiera acabar de idiotizarse—y con idiotismo profundo—, el que no quiera sumirse, por andancio, en la abrumadora majadería ambiente, va a tener que emigrar.

Régimen de fuerza, sí; ¡venga la fuerza! ¡venga la violencia! ¡venga hasta la tiranía! ¡Pero que la ejerzan, por Dios, quienes tengan algo de sal en la mollera y sepan siquiera leer! Atila era un bárbaro, pero parece que era inteligente.

¡Si Ginesillo de Parapilla tuviese sentido propio...!

MIQUEL DE UNAMUNO

